

VIAJES Y CIUDADES MÍTICAS

Álvaro Baraibar y Martina Vinatea Recoba (eds.)



Baraibar, Álvaro y Martina Vinatea Recoba (eds.), *Viajes y ciudades míticas*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2015. Colección BIADIG (Biblioteca Áurea Digital), 31 / Publicaciones Digitales del GRISO.

EDITA:

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.



Esta colección se rige por una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 3.0 Unported](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/).

ISBN: 978-84-8081-462-1.

MONTAÑA DEL PARAÍSO TERRENAL:
LA REESCRITURA MORAL DE CRISTÓBAL COLÓN
EN FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS¹

Vanina María Tégliá
Instituto de Literatura Hispanoamericana
Universidad de Buenos Aires

Las Casas, en su *Historia de las Indias*, considera que el Nuevo Mundo —y particularmente América del Sur— tiene el estatuto y las condiciones para ser un verdadero paraíso en la Tierra. Para justificar esta hipótesis, el fraile se sirve de la visión del tercer viaje a las Indias iniciado en 1498 por Cristóbal Colón, quien, en esa expedición, «entrevió» el tan deseado territorio mítico en las costas de Venezuela, próximas al Golfo de Paria. Para esto, nos detendremos en la descripción teológica y moral del espacio americano, autorizada en principio por el pensamiento cristiano del siglo XVI, que fijó visiones de los habitantes americanos opuestas y vinculadas, que trascendieron el siglo.

Jacques Le Goff² ha definido cómo, para el pensamiento medieval, el universo era un sistema de esferas concéntricas conectadas. Material y

¹ Una versión más extensa de este trabajo fue publicada en 2013 por el Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú y la Pontificia Universidad Católica del Perú con el título de «Paraíso e Infierno en la geografía del Nuevo Mundo: Bartolomé de las Casas y Fernández de Oviedo» en la antología *Las crónicas coloniales* coordinada por la doctora Liliana Regalado de Hurtado. El artículo compara el Paraíso Terrenal de Colón y de las Casas con la descripción del volcán del Masaya en Nicaragua de Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Historia general y natural de las Indias*.

² Le Goff, 1969.

espiritualmente, por lo tanto, no había compartimientos estancos entre el mundo terrestre y el más allá. El paisaje geográfico se limitaba a un horizonte espiritual inspirado por concepciones teológicas propias de la Cristiandad. Si bien, para principios del siglo xvi, ya estaba superada la hipótesis asiática sobre el Nuevo Mundo que había planteado Colón y también varios de los postulados geográficos medievales, las Indias constituían todavía, para estos hombres, el Oriente respecto de la cuenca mediterránea. Eran, por lo tanto, «la parte alta» del mundo y constituían el horizonte fabuloso y rico de tesoros excepcionales.

La montaña del Paraíso Terrenal configura un espacio elevado y, por lo tanto, fácilmente vinculable con las montañas sagradas de tradición árabe³, determinantes de muchos relatos escatológicos cristianos. Las Casas parafrasea la carta de Colón en la que el navegante recurre a una analogía: el Paraíso Terrenal es «como la teta de una mujer» o el pezón de una pera, que sobresale de la superficie de la Tierra⁴. Gastón Bachelard, en su *Poética del espacio*, consideró que la forma por antonomasia del «existente» es la redonda: «la existencia sólo puede ser redonda»⁵, como un humano o un pájaro son redondos. Tanto alienta, esta concepción circular, la conformación de las representaciones geográficas, que el Almirante sólo puede concebir la paradisíaca Tierra de Gracia —hoy el sector costero de Venezuela— como tierra insular de bordes imprecisos. Esta imprecisión de Colón se explica en las concepciones cartográfico-espirituales de la época que lo influyeron. Ante estos razonamientos, Las Casas se ve obligado a hacer el siguiente comentario: «pero que [el Paraíso] sea en isla, o esté situado en tierra firme, ni se ha sabido ni se puede saber, si Dios, que lo asentó en su lugar, no lo revela»⁶. Con esto, el Paraíso pudo «hallarse» tanto en lo que Colón llamó la isla de la Trinidad como en la Tierra de Gracia, que puede ser tanto la Tierra Firme de la costa de Venezuela como el archipiélago insular en las proximidades del río Orinoco. Hay una indefinición, por diferentes motivos, respecto de si el navegante estuvo ciertamente en una isla o en parte del continente.

³ Bloch, 1983, vol. II, p. 353.

⁴ Para estas descripciones colombinas, el Almirante se ha inspirado en los mapas de la época. Conocía el llamado Ebsdorf o Ebstorf (del siglo xiv), que integraba la serie de mapamundis circulares cuyas tierras (Asia, Europa y África) estaban divididas por una «T» central que representaba los mares. El Paraíso Terrenal estaba ubicado en la parte alta del mapa, sobre Asia.

⁵ Bachelard, 1997, p. 273.

⁶ Casas, *Historia de las Indias*, vol. II, p. 54.

La identificación tradicional del Paraíso como montaña en una isla posibilita representar, en términos de Bachelard, a un ente existente en sus límites definidos, aislado y de difícil acceso. En esta visión, se retoman las asociaciones que vinculan a las islas con los espacios geográficos ideales y perfectos⁷. Por otra parte, la hipótesis que Colón sostenía en este Tercer Viaje, fundado en los relatos de Marco Polo, describía un paso marítimo debajo de la isla de Cipango (Japón). Por este motivo, se resiste a considerar a las costas de Venezuela —y por lo tanto al Paraíso Terrenal— como parte de una tierra firme, inexistente en la geografía asiática. Para Rosa Pellicer, los mitos y leyendas del Descubrimiento sufren un proceso de insularización: «La idea de que los prodigios suceden en islas perdura de tal forma que lo que en un principio se localiza —a veces muy concretamente— en tierras continentales, con el paso del tiempo se convierte en una isla, como veremos que ocurre con la tierra de las Amazonas o la tierra de Jauja»⁸. Desde un lugar diferente, describir en cambio esta costa como parte del continente que conforman las Indias le sirve a Bartolomé de Las Casas para afirmar la primacía de Colón como descubridor de América, que precede a Américo Vesputio. Para no perder ninguna de las dos alternativas, la *Historia de las Indias* mantiene la ambigüedad.

Ahora bien, el hecho de que el Paraíso Terrenal sea una montaña aislada proporciona, además, la peculiaridad de la inaccesibilidad. En el origen persa del término, «paraíso» es un jardín cerrado —o cercado— y protegido⁹. Así lo entiende Ernst Bloch en *El principio esperanza*, para quien, en torno a todas las tierras bienaventuradas, se extiende un mar lleno de peligros, dado que el miedo y el padecimiento, tradicionalmente, se hallan muy próximos a la dicha. Es así que el elemento acuático —mar, río, fuente u océano— es tanto un elemento vinculante como separador. El agua conecta lo interior y lo exterior¹⁰ y contiene, además, a los seres que ahuyentan a los navegantes. Colón llamó, al paso sur entre la isla de la Trinidad y la Tierra de Gracia (que los indios llamaban Paria y hoy es Venezuela), «boca de la Sierpe» y, al paso norte, «del Draco». En medio de las dos bocas monstruosas y cerca del «tremendo rugir» del

⁷ Ésta es una de las asociaciones más comunes de la época, antes incluso de la *Utopía* de Tomás Moro y su ubicación insular.

⁸ Pellicer, 2001, p. 456.

⁹ Fernando Aliata y Graciela Silvestri, 2001.

¹⁰ Aliata y Silvestri, 2001, p. 33.

agua en la desembocadura del Orinoco, nombró «Jardines» a la tierra que encontró poblada, porque ésta «así conforma con el nombre»¹¹. El «dragón» y la «serpiente» se hallaban, de este modo, precisamente resguardando el lugar «temperatísimo». Estos monstruos eran, para el pensamiento medieval, las figuras que solían proteger las entradas a las cavernas.

Juan Gil¹² ha estudiado los monstruos de Oriente que se le «aparecieron» a Colón, mayormente en el primer viaje. Entre ellos, también estaban los caribes llamados «caníbales». Son éstos —asociados a los indios flecheros de la costa norte de América del Sur— los que Colón se encuentra antes del «ascenso de las naves» por la elevación que representa la montaña del Paraíso Terrenal y antes de toparse con la tierra de Paria:

Y luego que vieron tañer e dançar, todos [los indios] dexaron los remos y echaron mano a los arcos y los encordaron y embraçó cada uno su tablachina y començaron a tirarnos flechas [...] Y en la noche, ya muy tarde, estando al bordo de la nao, oí un rugir muy terrible que venía de la parte del austro hazia la nao, y me paré a mirar y vi levantado la mar de poniente a levante en manera de una loma tan alta como la nao [...] y atravesé por esta boca adentro; y luego fallé tranquilidad [...] hallé unas tierras, las más fermosas del mundo y muy pobladas¹³.

El «ardor», considerado desde un plano mítico-tradicional, se trata del «cuchillo ígneo» o espada que un querubín flamea para resguardar —por decreto divino— el camino al jardín del Edén. Las «monstruosidades» —indios flecheros, dragón, serpiente, temperatura altísima— son instancias esperables antes de la dicha y los placeres que pueden hallarse al término del camino.

Otro tipo de inaccesibilidades también se le presentan a Colón a medida que va acercándose a la montaña anhelada. Isaac Pardo, en su relato del descubrimiento, colonización y recolonización de Venezuela, llama la atención justamente sobre la molestia que el Almirante tiene en sus ojos al avistar la tierra de Paria. Este impedimento, enfermedad momentánea, junto a la necesidad de dirigirse a la Española para reabastecer las naves de su expedición, no le permite descender a la Tierra Firme.

¹¹ Colón, *Textos y documentos completos*, p. 374.

¹² Gil, 1989.

¹³ Colón, *Textos y documentos completos*, pp. 371-373.

El lamento y la enumeración de los padecimientos contribuyen, en la carta que refiere el Tercer Viaje, con una escritura que asume, para sí, el género de las relaciones de méritos y servicios con función de requerimiento de mercedes dirigido a los reyes. Sin embargo, este deseo le quita parte de gloria para la posteridad, la que luego será atribuida a Américo Vespucio por su hazaña de 1499. Quizá, temeroso por el inédito alcance del lugar inaccesible y prohibido, y por el altísimo secreto que le era revelado, Colón regresó a la Española a toda prisa, donde lo esperaba otra desgracia: la rebelión de Francisco Roldán. La ambigüedad de la escritura colombina, sin embargo, hace posible la lectura de la «llegada efectiva» al sitio divino¹⁴ a pesar de la imposibilidad de su alcance. El paseo dudoso por el «Paraíso Terrenal» es uno de esos momentos de la odisea colombina en los que Colón pareciera observar el paisaje, pero en el que no se interna personalmente. Al contrario, se aleja de él simbólicamente y literalmente para reemplazar su propia descripción por la de las autoridades¹⁵. En la versión de Las Casas de la *Historia de las Indias*, llamativamente, los escollos que encuentra el Almirante son transcritos, pero no enfatizados. Al contrario, son minimizados hasta parecer circunstanciales o no relacionados con el avistamiento del Paraíso¹⁶. El fraile, por el contrario, hará hincapié en demostrar con autoridades — algunas más que las que ya había enumerado el mismo Colón — que las Indias son el lugar más propicio para esta montaña sagrada.

Los ingresos a las zonas del Paraíso Terrenal, por la dificultad que presentan, son asimilados con cavidades, cavernas o grutas de tránsito. Una vez atravesados, se esperan grandes maravillas. Para el Renacimiento, la gruta es símbolo de una vuelta a la naturaleza primitiva y al paisaje pastoril. Eduardo Blázquez Mateos reunió, en su libro sobre la representación de la naturaleza en el Renacimiento, las características que, pictórica y escultóricamente, contenían las grutas en el Renacimiento: en ellas son comunes la oscuridad u otra condición que genere temor y, por otra parte, la incitación al ingreso por el posible encuentro —tras

¹⁴ Así lo interpretó Margarita Zamora, 1993, p. 147. Para ella, efectivamente Colón creyó que había llegado al Paraíso Terrenal.

¹⁵ Para Juan Gil (1989), el aparato erudito en la relación del Tercer Viaje de Colón —«fanfarria científica» la llama— quizás provenga de una interpolación tardía, posterior incluso a la cuarta navegación del Almirante. Contribuye con esta hipótesis el hecho de que la carta del 31 de agosto de 1498 dirigida a los reyes y que relata el Tercer Viaje narra los episodios de forma duplicada.

¹⁶ Casas, *Historia de las Indias*, vol. II, p. 32.

un camino cavernoso o difícil— de maravillas desconocidas al final del camino. De manera latente: «las grutas también son un escenario de sombras»; la búsqueda del jardín es también: «búsqueda del lugar de las Delicias impregnado de la presencia de la Muerte»¹⁷. Relacionado simbólicamente con la sabiduría y el conocimiento de lo divino y de lo humano, la «maravilla al otro lado» es una recompensa por haberse aventurado en la profundidad de lo desconocido. Como analizamos, el Paraíso Terrenal genera la esperanza de hallar, en su centro y en sus proximidades, habitantes que viven en un estado prístino antes de la Caída, partícipes de un cristianismo primitivo, ideales tanto en el trato como en sus cualidades físicas. Se pretendía encontrar las idealizaciones de la pastoral en el Paraíso Terrenal. En Colón, además, aquellos individuos exhiben, en sus cuerpos, las señales de la proximidad del oro y de las perlas.

Por otra parte, la elevación de la montaña sagrada, que se corresponde con una interpretación literal de los textos sagrados, es otra de las cuestiones geográficas representadas. Acercándose al Paraíso, en palabras de Las Casas, el Almirante juzga que «la mar iba subiendo y los navíos alçándose al cielo suavemente, y entonçes se goza de más suave temperança»¹⁸. El mar visto como una montaña escarpada de agua es también un *leitmotiv* del naufragio en la literatura desde la Antigüedad, en la *Eneida*, por ejemplo. Justamente, este tema recurrente es aprovechado por cierta literatura para provocar una catarsis en el lector a partir de los horrores padecidos por los personajes implicados que, luego de haber sobrevivido a la tormenta, alcanzan la tranquilidad de una costa generalmente insular y que —sobre todo por contraste— les devuelve la paz anhelada. Por otra parte, la esperanza de perfección paradisíaca se halla ligada al concepto de ascenso, como cuando se refieren al cielo como sede de los bienaventurados.

Mientras, el paraíso emana «el agua más dulce y abundante del mundo». Sin embargo, en su entrada, esta agua «venía rugiendo con muy grande estrépito» según el texto de Cristóbal Colón. Ahora bien, lo espantable del sonido no aparece en el Paraíso Terrenal representado en Bartolomé de las Casas, justamente para conjurar de él todo sonido espantable e infernal. Ni siquiera la grandeza impetuosa de tanta agua

¹⁷ Blázquez Mateos, 2004, pp. 24 y 101.

¹⁸ Casas, *Historia de las Indias*, vol. II, p. 40.

puede contradecir la temperancia y la «tan poca contrariedad»¹⁹ que todo posee aquí. El término que más aparece en el fraile sevillano para describir el lugar es «temperado», que significa «templado», «bien dispuesto», «moderado», «proporcionado». Incluso, hasta el «combate» del agua dulce del río Orinoco con la salada del mar Caribe, que tan bien es recordado por Colón cuando describe su viaje, es borrado en el texto de Las Casas hasta concluir en la siguiente visión ordenadora: «el agua dulce anda siempre por encima de la salada, por ser más liviana, y va su camino»²⁰. Beatriz Colombi²¹ señala que Las Casas reserva los términos «espanto» y «espantable» para describir la política del terror implementada por los conquistadores sobre los indígenas. «Sonido espantoso» en la *Historia de las Indias* es atribuido, por ejemplo, a los estruendos de las armas españolas —arcabuces, lombardas, escopetas—, signos de la técnica avanzada de Occidente. «Pelea», por su parte, es un término que utiliza, por ejemplo, al margen de su edición manuscrita del *Diario* de Colón para describir «la primera pelea que se ovo entre indios y cristianos en la isla Española»²². En el Paraíso Terrenal que describe Las Casas, los adjetivos más comunes son «suave» y «temperatísimo». El llamado Defensor de los indios, en este punto, borra algunas zonas ásperas que Colón halló al acceder al lugar sagrado y semi-divino, y de esto resulta una visión medida —«temperada»— de todas las virtudes naturales y geográficas de este Paraíso Terrenal novomundista, que conjura, por otra parte, el temor a encontrar lo des-medido.

Otra de las operaciones de reescritura de Las Casas sobre el corpus colombino para constituir su propia Historia de las Indias deseada es la aproximación, aún más, de las afirmaciones de Colón al saber libresco al modo de la escolástica. Por un lado, el fraile reduce algunas digresiones de Colón. Por ejemplo, esta frase: «es opinión común, de todos los doctores, que es el más alto lugar de la tierra»²³ es sólo una sentencia que, en comparación, contrasta por su medida con las cuatro que brinda Colón sobre el mismo tema. Sin embargo, a continuación y sirviéndose de otra estrategia relacionada con la fundamentación escolástica por medio de autoridades, Las Casas expande lo escrito por el Almirante. El texto de

¹⁹ Casas, *Historia de las Indias*, vol. II, p. 45.

²⁰ Casas, *Historia de las Indias*, vol. II, p. 53.

²¹ Colombi, en prensa.

²² Colón, *Diario, cartas y relaciones*, p. 261.

²³ Casas, *Historia de las Indias*, vol. II, p. 45.

la *Historia de las Indias* quizá sea más ordenado que el del navegante, pero también más abrumador. Pedro Damasceno, Strabo, San Isidoro, Virgilio, San Agustín, Solino, Pomponio Mela, Santo Tomás, Tolomeo, Homero y Platón son algunos de los autores que Las Casas menciona para fundamentar la aseveración de Colón de que es allí donde se encuentra el Paraíso Terrenal. Así, aunque nunca ha sido visto ni con «ojos místicos» —recordemos el problema en la vista en Colón al aproximarse al sitio—, puesto que la noción de Paraíso Terrenal ya ha sido instaurada y hecha perceptible por otros discursos (literarios, históricos y hasta cartográficos) se convierte en un objeto «visualizable» para la época. Son justamente estos textos previos, los de los «autores», los que evoca Las Casas, ya que sirven de garantía para alcanzar un efecto de realidad o de existencia. Sin embargo, nos llama la atención el anacronismo de fray Bartolomé. En España, los eruditos no habían tomado muy en serio el providencial relato del Almirante en su momento; tanto es así que el pensador humanista Pedro Mártir de Anglería pasa por alto la experiencia en sus décadas *De orbe novo*. La respuesta, creemos, estaría en las posibilidades argumentativas y apologéticas de la geografía de las Indias que le brinda el tópico tradicional y que inciden en la coherencia total de la *Historia de las Indias*.

Todas las citas de autoridades del fraile sevillano llevan a definir una ubicación geográfica exacta y «temperada», mediana o medida, que es, por otra parte, análoga a cualidades morales también óptimas y, por lo tanto, también atribuibles al objeto descripto:

Muchas sentencias y diversas nacieron de la altura del Paraíso [...] tanta es su altura, cuanta convenía a la buena y salubre vivienda de los hombres en el Paraíso; ésta era la templanza del lugar [...] las cosas que allí hobiese no se corrompiesen o no fácilmente fueren corrompidas. La corrupción se hace por la acción de la contrariedad²⁴.

A la perfección representada, se suma el hecho de que si —como lo concibe Las Casas— Colón fue autorizado por Dios para alcanzar el Paraíso Terrenal, se debe a que el camino mismo es concebido como espacio adecuado para la peregrinación, el ascenso espiritual y la con-

²⁴ Casas, *Historia de las Indias*, vol. II, p. 45.

quista de la perfección moral²⁵. De modo espiritual va a interpretar Las Casas la tradicional ubicación oriental del Paraíso: es la parte más notable del mundo y diestra del cielo y, por lo tanto, de menor corrupción y mayor felicidad. Colón pensó el Occidente como el extremo de Oriente. Pero Las Casas resuelve todo más fácilmente: de acuerdo con cómo el individuo se ubique, cualquier lugar de la Tierra puede ser el Oriente. Conjetura que la montaña sagrada se encuentra entre ambos trópicos en lo que se dio en llamar la «Mesa del Sol» debajo de la línea equinoccial, que era donde antiguamente se encontraba la Ciudad de los Filósofos; lugar, por lo tanto, de mayor perfección para la filosofía platónica retomada por aquellos años. Por esto mismo, necesariamente, el Paraíso Terrenal está en la parte austral del Mundo, allí donde Colón ha arribado, porque los Filósofos dicen —recuerda el fraile— que es la cabeza del mundo así como el Oriente, la mano derecha.

En este punto, el autor de la *Historia de las Indias* apela a una fórmula típica del pensamiento utópico: criticar a la sociedad actual y propia, pero alabar en cambio a una sociedad imaginaria, ideal o, al menos, desconocida:

Aquel polo Antártico o austral es de mucho mayor cantidad y claridad y virtud que el nuestro, que llamamos Norte; y la razón es porque toda aquella parte es cabeza del mundo [...] Es luego manifiesto ser la más felice y noble y digna parte del cielo la parte austral [...] todas las demás partes del cielo no tienen tanta nobleza, ni tanta virtud natural que cause y corresponda a la suavidad, templanza, deleite y felicidad²⁶.

El Paraíso en la Tierra posee cualidades «temperadas» o medidas, así como también sus habitantes o los habitantes próximos a él. Estas convicciones tienen un origen en la teoría del clima o «del medio» que, desde Hipócrates, parecía poder explicar las diferencias entre las razas a partir de ciertos fenómenos observables como la situación geográfica, el clima y el suelo. Estas cuestiones tenían sus fundamentos en una noción simple de «afirmación de la unidad del mundo natural»²⁷ que luego se resumirá en una idea estoico-renacentista de correspondencia mágica entre el mundo humano y la naturaleza. Todorov refiere un libro citado

²⁵ Margarita Zamora ha estudiado, en Colón, el cronotopo espiritual de la «peregrinación» que asume para sus viajes a las Indias.

²⁶ Casas, *Historia de las Indias*, vol. II, pp. 56-57.

²⁷ Pagden, 1988, p. 191.

por Las Casas: *De Regimini*, atribuido a Santo Tomás, pero que es obra de Tolomeo de Luca. En él, se explica justamente que las diferencias entre los hombres deben buscarse en las influencias del clima y de los astros. La «buena» altura de algún lugar se corresponde con el «bueno, salubre y templado»²⁸ modo de ser y de vivir de sus habitantes, pues se hallan más cercanos del cielo. Para el pensamiento medieval, las cosas físicamente contiguas se parecían unas a otras²⁹. Las Casas considera que el Nuevo Mundo es un lugar de hombres moderados que se integran y conviven armónicamente con la naturaleza. La montaña sagrada representa el máximo y más perfecto exponente de las cualidades de nobleza, suavidad y temperancia del paisaje que se corresponden con la mansedumbre, virtuosidad y moderación de los habitantes de las Indias.

El último tema que me gustaría analizar sobre el Paraíso Terrenal en Colón y Las Casas es el del color de la piel de sus habitantes y seres próximos, puesto que, en el primer autor, el Paraíso Terrenal se encuentra habitado por seres de piel blanca, lo que afirma en tres ocasiones. El texto lascasiano, que resume y a la vez expande el corpus colombino, borra gradualmente la condición de «los más blancos» que Colón percibió en los habitantes de las proximidades del Paraíso Terrenal. Primero, explica que esa condición de blancura de los indios refirió el Almirante porque sintió «mucho contraste» al arribar a la isla de la Trinidad, ya que provenía directamente del continente africano. En segundo lugar, Las Casas desmerece esta visión colombina —apenas menciona el sustantivo «blancura»— y refrenda, en cambio, otras cualidades no vinculadas al aspecto físico: «la mansedumbre y bondad, simplicidad, liberalidad, humana y afable conversación, y compostura de la gente»³⁰. No se extiende sobre el tema de estos indios «más blancos», mientras que dedica cinco capítulos a la ubicación y condiciones geográficas del Paraíso. Finaliza el capítulo 145, último referido al tema, con las ejemplares condiciones de «estas gentes», pero sin mencionar ninguna blancura. Las Casas sabe que, si se extiende demasiado sobre este punto, sus tesis acerca de la

²⁸ Lo «mediano», «moderado» o «medido» no se desvirtuaría ni se corrompería. Las ideas platónicas que subyacen aquí refieren a la incorruptibilidad del alma, la que, como consiste en una esencia, permanece insoluble. La escolástica también heredó estos postulados. Por esto, para la ideas lascasianas, las variaciones climáticas americanas no representarían modificaciones importantes a su temperancia paradisiaca esencial.

²⁹ Manuel y Manuel, 1981, p. 92.

³⁰ Casas, *Historia de las Indias*, vol. II, p. 43.

superioridad de todos los pueblos de las Indias occidentales respecto de los ciudadanos de los reinos europeos, en parte, no se sostendrán y colaborarán, en cambio, con las tesis contrarias, tan presentes en esos años y en los posteriores, que proponían el discurso de la esclavitud natural de amerindios y africanos. Para Las Casas, de este modo, el color blanco de la piel no cuenta entre las virtudes humanas.

Antes bien, el fraile sevillano hace extensiva la perfección del Paraíso Terrenal a toda América del Sur: «vemos por experiencia, que debajo del mismo trópico hay tierra excelentísima y muy poblada, en las provincias del Perú»³¹. Bartolomé de las Casas coloca la esperanza de hallar tierras más «excelentes» en el imperio de los incas, del que siguen llegando auspiciosas noticias en la primera mitad del xvi y al que dedica su tardío tratado *De Thesauris in Peru (De los tesoros del Perú)*. Toda la tierra al sur del trópico de Capricornio en «este» lado del mundo puede llegar a ser paradisíaca en su totalidad o, incluso, ser toda el mismo Paraíso. También en el autógrafo, en el capítulo 143, hay un comentario al margen que no es del fraile sevillano pero que sintetiza la visión: «tocante a la sospecha de que el Paraíso Terrenal estuviese en Perú»³². Más adelante, el fraile llegará a la conclusión de que no toda América del Sur podría ser el Paraíso Terrenal, porque no podría tener semejante dimensión. Pero sí lo ubica —parcialmente— en una montaña o isla de ese territorio. Las Casas, por un lado, borra sutilmente la blancura de los nativos que Colón ve en las proximidades del Paraíso Terrenal. Por el otro, necesita de la realidad de este lugar mitológico para refrendar la creencia de que, en sus proximidades, habitan seres moderados y virtuosos en un ambiente arcádico. La prueba más concluyente de esta postura está en su mismo tratado *Los tesoros del Perú*, en el que afirma que la mayor riqueza de esta región al sur de las Indias está en los seres humanos que la habitan, los que es necesario defender.

Tanto Colón como Las Casas se sirven de la interpretación moral y teológica del espacio americano con diferentes propósitos. Para el navegante, haber «descubierto» el Paraíso Terrenal en la desembocadura del río Orinoco y en la tierra de Gracia es útil para sostener su tesis oriental de las Indias y su conclusión de que «el mundo es poco». Las Casas, en cambio, utiliza el hallazgo para probar sus ideas acerca de la superioridad y perfección moral de los nativos de las Indias. Acepta la «visión»

³¹ Casas, *Historia de las Indias*, vol. II, p. 57.

³² Casas, manuscrito autógrafo de *Historia de las Indias*, fol. 375r.

colombina y se auto-convence de su existencia en el espacio americano. Para esto y para persuadir de sus tesis a los lectores, apela extensamente a las palabras de las Escrituras y de los autores antiguos y cristianos. Así, Cristóbal Colón y Bartolomé de las Casas —con fines diferentes— se sirvieron tanto del pensamiento mítico como del teológico-cartográfico y de la comprobación empírica que estaba a su alcance para la representación e interpretación del Nuevo Mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- Aliata, Fernando y Adriana Silvestri, *El paisaje como cifra de armonía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2001.
- Bachelard, Gastón, *La poética del espacio*, México, FCE, 1997.
- Blázquez Mateos, Eduardo, *Viajes al Paraíso. La representación de la naturaleza en el Renacimiento*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2004.
- Bloch, Ernst, *El principio esperanza*, Madrid, Aguilar, 1983.
- Casas, Bartolomé de las, *Historia de las Indias*, Res/21 v.1, Res/22 v.2 y Res/23 v.3, Siglo XVI [Manuscrito de San Gregorio-Biblioteca Nacional de España, Sala Cervantes].
- Casas, Bartolomé de las, *Historia de las Indias*, ed. Agustín Millares Carlo y estudio preliminar de Lewis Hanke, México, FCE, [1951] 1981.
- Casas, Bartolomé de las, *Los tesoros del Perú*, Madrid, CSIC, 1958.
- Colombi, Beatriz, «La Brevisima relación de Bartolomé de las Casas en el eje de las controversias», *Zama*, 5, [en prensa].
- Colón, Cristóbal, *Diario, cartas y relaciones. Antología esencial*, ed. Valeria Añón y Vanina Teglia, Buenos Aires, Corregidor, 2012.
- Colón, Cristóbal, *Textos y documentos completos*, ed. Juan Gil y Consuelo Varela, Madrid, Alianza Universidad, 1992.
- Gil, Juan, *Mitos y utopías del descubrimiento*, Madrid, Alianza Universidad, 1989.
- Le Goff, Jacques, *La civilización del occidente medieval*, Barcelona, Juventud, 1969.
- Manuel, Frank y y Fritzie P. Manuel, *El pensamiento utópico en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1981.
- Pagden, Anthony, *La caída del hombre natural*, Madrid, Alianza Editorial, versión española de Belén Urrutia Domínguez, 1988.
- Pardo, Isaac J., *Esta tierra de gracia*, Caracas, Papeles de tierra firme, 1988.
- Pellicer, Rosa, «Islas singulares: Amazonas y Jauja», en *La isla posible*, ed. Carmen Alemany Bay, Remedios Mataix, José Carlos Rovira y Pedro Mendiola Oñate, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001, pp. 455-468.
- Zamora, Margarita, *Reading Columbus*, Berkley, California University Press, 1993.